

ave del paraíso de la raqueta, se paró para ocultar su agitación y limpiarse el sudor de la frente—ante la tapia del hogar por donde asomaba un ciprés, que se movía, cabeceando, como mano que amenaza. Entonces, el arrepentido, sintió el zarpazo del remordimiento, y tembloroso, mudo, luchando con las lágrimas rebeldes, al levantar el brazo para tocar la puerta, experimentó sobre su cabeza la sensación de una caricia suave, y escuchó una voz dulce, suplicativa, con entonaciones de plegaria, que cantaba el tierno estribillo: sé bueno, vé a la escuela!

* * *

Así, amiga mía, ¿lo ves? así he sido yo toda la vida. ¡Cuántos propósitos me he hecho! ¡qué raudal de juramentos he vertido! Voy de prisa hacia la Gloria, hacia el Bien, hacia la Verdad; estoy firmemente decidido y me empeño en seguir adelante. Heme ya en camino, con paso seguro, enérgico, sereno; he prometido a mis ideales, los que me acarician y reprenden, cumplir con los deberes que me han impuesto; mas de repente, el eco de una risa, el rumor de un beso, la música de una palabra cariñosa, me detienen; allí están mis camaradas, allí están las pasiones que me dijeron: ¡vuelve!; allí está el amor ligero, alado y olvidadizo, que cuando pasea conmigo suele ponerse serio; allí están las frágiles estrofas que se rompen y los sueños luminosos que se desvanecen; allí están los amigos de un día; la amada de una hora, el placer de un instante..... y yo con ellos sin acordarme de mis promesas.

Y cuando vuelvo a ti, encarnación de mis supre-

mos ideales, símbolo puro de mis aspiraciones, piadosa madre de mis sueños, llego cobarde, pensativo y mudo, sintiendo en mi espíritu la caricia de tu mirada, y oyendo en él tu voz consoladora, suplicativa: sé bueno; vé a la escuela!

1894.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

INSTANTANEA DE INVIERNO

Sábado 7.—Por la mañana.

Este sol de invierno es una delicia. ¡Cómo alumbrar! ¡Cómo calienta! Entra, por el balcón de mi cuarto, una gran ráfaga de transparencias ambarrinas, dentro de la cual, en una alegre ebullición, chispean los átomos.

Está muy brillante la mañana, muy azul, muy limpia, y si no fuera porque los verdinegros cerros de allá enfrente se han dejado el gorro de dormir hecho de felpa gris y pesada, nadie pensara en que es éste un día de enero.

En el campanario de la vecina parroquia oscila apresuradamente la campanita oxidada, y desde aquí, desde mi mesa de trabajo, alcanzo a ver la asoleada plazuela por donde cruza una caravana de beatas con el mantón encapuchado sobre la cabeza, y en la mano temblona la gruesa camándula enroscada al libro de oraciones. Las vendedoras ambulantes pasan llevando al hombro sus canastos henchidos de fresca verdura; vuelve la madrugadora vacada al establo, después de haber surtido de leche a la barriada populosa; el tranvía, de ruedas

chirriantes, viene sonando el timbre con monótona y jovial impertinencia; un muchacho, trasnochador rezagado, corre por en medio de la calle, trayendo auestas su organillo y arrastrando su palo de bohemio; una bandada de niños pobres, con libros y pizarras bajo el brazo, va rumbo a la escuela, alborotando el camino a gritos y silbidos; lejanos clarines ensayan, a pequeños intervalos, un toque militar; un desvencijado coche de alquiler atraviesa la vía, y por sus ventanillas se asoma una piña de cabecitas de cromo—sombreros pingorotudos, moños volantes de listones, y mejillas que se inflan, bajo el polvo de arroz, en contagiosos gestos de carcajada.

Nadie, al parecer, tiene frío. Ni un transeunte abrigado; ni una actitud entelerida. La luz es de oro diáfano y sonrío; el aire acaricia con un soplo húmedo que huele a heno, y sonrío; en lo alto, el horizonte es una sonrisa de zafiro; y los ojos imitan la claridad matinal, y los labios pagan la caricia del aire; unos y otros sonrío. Es que todo sonrío. Hasta el mismo campanario produce la impresión de estar aún caliente porque abrigó en la noche golondrinas.

Sin embargo, ésta es una mañana invernal, sí, de invierno, que así llamamos a la dulce melancolía de la primavera. Y no es de extrañar que aquella rapazuela traiga apretada al pecho, una brazada de rosas, tan grande y tupida, que no parece sino que, como en los juegos de prestidigitación, las flores se multiplican mientras más las aprieta, con sus rojizos brazos, la chiquilla. Es que nuestros campos no han aprendido el verso del poema:

“La tierra está cansada de dar flores.”

¡Qué cansada va a estar! No ha sentido nunca tal fatiga. Nuestra tierra es una perpetua enamorada del cielo; lo ve siempre tan lindo, tan azul, tan bruñido y luminoso por el día, y tan lleno de estrellas por la noche, que todo su afán es acercarse a él para besarlo. Y sus deseos pequeños, sus caprichos infinitos de amante, sus múltiples y variadas tentaciones, salen a la superficie en pétalos de todas las formas, en hojas de todos los colores, en cálices de todas las esencias. Y por eso hay siempre flores en nuestros jardines; son promesas de besos.

Ahora; los grandes deseos se vuelven bosques; los anhelos desesperados se hacen montañas.

Y bien, ¡cuán distinta esta primavera opaca, con su poco de bruma en los confines y su lenta lluvia de hojas secas en los senderos, a esa dolorosa agonía, a esa tremenda muerte de la naturaleza, que deja la tierra sin una gota de savia, los troncos sin un ramaje, los nidos sin un pájaro, y que oculta el cielo con un fatídico cortinaje de brumas, desde el que la nieve cae, cae, cae, con inacabable y angustiosa monotonía!.....

¡Ah! pero la nieve es la hermana de la leyenda. En la bruma se arropan mejor los sueños. El invierno con sus árboles secos, sus desiertos blancos, sus llorosas ventiscas, es el padre de la poesía.

De aquellos países donde los días de enero no tienen claridad, nos llegó el *lied*, nos llegó la balada, y nos llegaron las fábulas milagrosas, las personificaciones dulces y amables, las *willis*, los gnomos, las hadas, todos esos cuentos infantiles y suaves, llenos de unción, de amor y de piedad, todos esos viejos peregrinos de largas barbas de ar-

miño y cándidos ojos turquíes, que traen en su alforja juguetes para los chiquitines; todos esos geniecillos de testas rubias y hombros alados que vienen en procesión a proteger a los inocentes y a visitar a los desamparados; todas esas encantadoras vestidas de plata que abren de pronto la puerta de las cabañas, y con su presencia alumbran las tinieblas, y se acercan a la cuna del niño enfermo, y, para salvarlo, le tocan la frente con la varita mágica en cuya punta resplandece una estrella.....

Allí, en los hogares cerrados herméticamente, mientras afuera canta el viento cosas desesperadas y tristes, y la nieve cae, cae, junto a la lumbre se juntan los cuerpos, y se calientan, y las almas se juntan también y se aman. Y frente al rojizo resplandor del hogar, la fantasía forja sus poéticas leyendas en el yunque del sueño.

Este sol es hermoso. ¡Cómo alumbra! ¡Cómo calienta! Nuestra tierra no tiene frío, no tiene nieve.

Y me pongo a soñar en un invierno muy blanco y muy helado, que trajera mucha poesía y mucho amor para mi espíritu.

Siento frío por adentro.

1905.

A CAPERUCITA

No haré aquí, no, señor, una impresión rojiza y oscura de los dos sucesos culminantes de la semana. No emplearé mi literatura en trazar los bocetos de los dos criminales que han ofrecido a los periódicos la oportunidad de entretener al pueblo con *reportages* minuciosos e interesantes como una novela de folletín.

Si alguien me preguntara: ¿Y por qué no? ¿Por qué privar de una noticia a los lectores del semanario, el cual, a semejanza de los otros diarios, debe recoger los sucesos para entregarlos, comentados e ilustrados, a la curiosidad, ávida de novedades sensacionales y tremendas?

Por una cosa muy sencilla—contestaría yo—; porque estas hojas, atadas y arregladas para formar un número de revista, van a ser, en su mayor parte, un pasatiempo de buenas almas; las abrirán manos femeninas o infantiles; las leerán ojos tranquilos. Estas páginas llevan unos granos de ilusión a los corazones sencillos, a los que todavía laten al ritmo de un verso suave y fragante que se columpia en la fantasía, como en un jardín una flor mecida por un hálito de brisa. Estas páginas pondrán una veladura de ensueño sobre los ocios

familiares. Reposarán en el mármol de la mesa, junto a un libro elegante y pequeño, entre chucherías artísticas, en el rincón de una quieta estancia, bajo la luz apacible y láctea de una veladora que no trasnocha, y que se apaga a la hora precisa en que el vicio y el crimen comienzan sus correrías ciudadanas.

Este periódico no es callejero; no vocea los acontecimientos; no escandaliza con la crónica del día; conserva una pudorosa pulcritud ante los hechos canallescos y sucios. Vive en el segundo piso social. Suele asomarse para ver lo que pasa en el arroyo; y hasta toma instantáneas de episodios populares, y hasta se ocupa, de cuando en cuando, en poner márgenes retóricos a cuadros vulgares de la vía pública; pero todo ello lo hace, cuando lo hace, por un espíritu de piedad, por un afán de mejoramiento humano, por una tendencia espontánea de señalar un mal para su corrección; de dar, como puede y sabe, una lección moral.

*
* *

¿Y qué lección puede darse, qué enseñanza puede sacarse de este jurado del *Tigre de Santa Julia*, un asesino feroz, un regresivo, un *nato* que conserva, casi íntegros, en medio de un grupo civilizado, los instintos rabiosos, ciegos y crueles, de la selva primitiva? Este sí es un verdadero hombre-mono; es el *precursor*. Como él, hay todavía, habrá por mucho tiempo, una gusanera humana en el fondo de la sima social.

¿Qué lección, qué enseñanza de perfeccionamiento, de arrepentimiento, de educación, puede des-

prenderse de ese otro homicida macabro, que hace del dolor de sus víctimas, un elemento de placer brutal?

El *Chalequero* es un tipo repugnante de loco criminal.

Su extravío, siendo excepcional, no es único. Al rededor de esta figura sombría y ceñuda, sí debería una pluma nerviosa poner una orla negra y carmesí, como trazada con fango y sangre. Pero.... pero mancharía yo en vano el papel de esta faja; en vano mancharía tu imaginación, con visiones horrendas, niña que buscas en estos renglones, el matiz plácido de tus ideales adolescentes.

No he de encasquetarme el birrete doctoral del filósofo. He aquí un disfraz que se avendría muy mal con mi ignorancia y con tus deseos. Tú quieres que te cuente cuentos serenos, claros, graciosos y puros. Tú quieres que te haga la vida romántica, ¿no es eso? Tú quieres que te hable no de los engaños y desengaños del mundo, sino de las esperanzas, bellas por remotas, de los sueños, dulces por altos e intangibles. ¿Para qué te he de decir, ni para qué deseas tú saber, que aquel broche de claridad incrustado en el ónix de la noche, es una estrella que ya se murió hace muchos siglos? ¿Qué te importa que la montaña que ves a lo lejos tan esmaltada, tan pulida, como una turquesa, sea un árido y triste promontorio que se alza en tu horizonte? ¿Tiene, acaso, para ti, sentido, la queja del poeta clásico? ¿Te figuras que ese cielo azul, ni es cielo ni es azul? No; no eres sabia, no somos sabios, niña de las infantiles pupilas. Tú sueñas un poco, y te place que yo arrulle tu sueño.

Para ti, y para mí, la semana ha pasado en

blanco, un blanco de nieve, de ideal, de pureza. Por ahí, como por un camino invernal, va tu ilusión de amor y de bien. Va en busca de la miel de la vida. Es *Caperucita*, la del cuento de hadas.

Déjala ir. Va contenta; va cantando. No le digamos que en el fondo del bosque acecha el ogro. Lo encontrará quizás. Es terrible y no perdona a los chicuelos indefensos. Mas¿para qué asustarla tan pronto?

¡Caperucita encarnada, ilusión de cariño bueno, pasa cantando por el bosque, en busca de la miel de la vida!.....

1908.